



JEAN PLAIDY

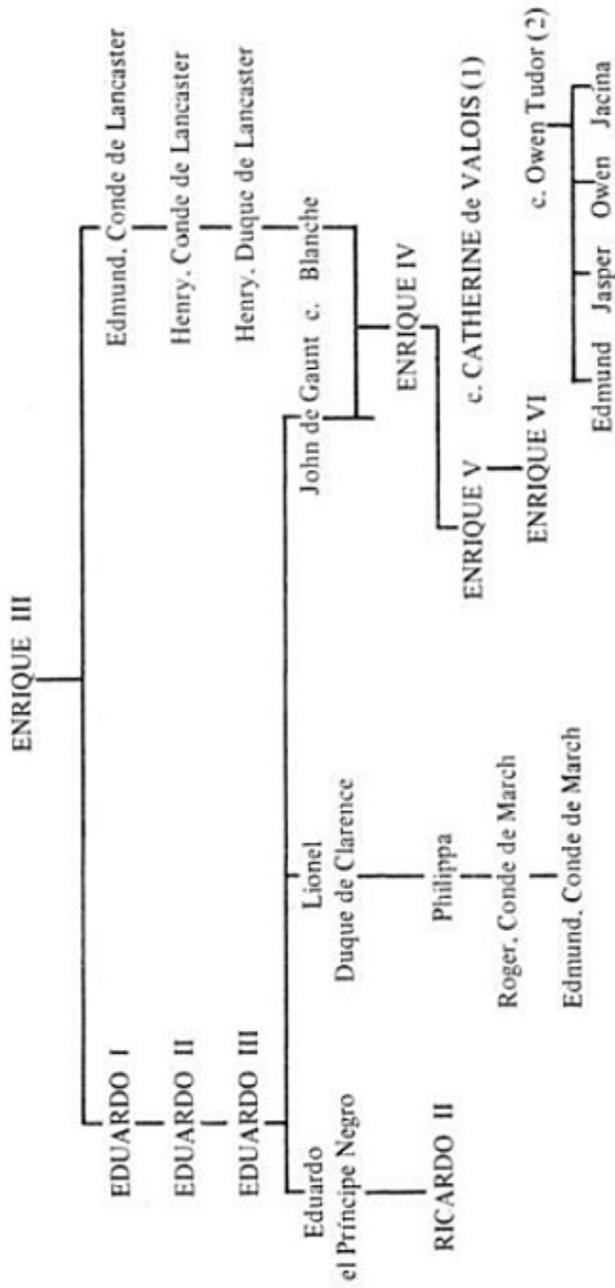
EPITAFIO PARA
TRES MUJERES

Con este libro completa Jean Plaidy el cuarto volumen de su apasionante serie sobre la Guerra de los Cien Años, sangrienta cuna de donde emergerán Francia e Inglaterra tal como se conocen hasta hoy. El ciclo se cerrará con el ocaso de la casa de Lancaster. El derrotado francés pasará a ser el vencedor, en medio de un mundo donde alternan el crimen, el coraje y el martirio. Enrique V, la «estrella de Lancaster» murió dejando de heredero al trono a una criatura de nueve meses. Antes de su muerte se había casado con Catalina de Valois, hija del rey de Francia. Los términos de la paz obligaban a entregar la corona francesa al niño de Lancaster. Hombres ambiciosos rodeaban al rey niño, en particular sus tíos, los duques de Bedford y de Gloucester. No obstante, tres mujeres iban a marcar profundamente el curso histórico de esta época: Catalina de Valois, quien perseguida por el recuerdo de una infancia desgraciada a manos de un padre loco y una madre lasciva, encontraría romántica felicidad y fundaría la dinastía de los Tudor. En completo contraste con la anterior, una joven campesina de la aldea de Domremy escucharía voces que le ordenaban salvar a Francia: santa Juana de Arco, revertiría el curso de la guerra hasta ver consumida su pasión en el martirio de la plaza de Rouen. Finalmente, Leonor de Gloucester, en un principio la amante del duque, mujer de enorme influencia hasta que se vio envuelta en la trama de un crimen, que pasaría a la historia como una causa célebre.

EPITAFIO PARA TRES MUJERES

Jean Plaidy

LA CASA DE LANCASTER



PRIMERA PARTE

CATHERINE DE VALOIS

EL ESCUDERO GALÉS

Cuando su cuñado dijo a Catherine que el rey había muerto, ella no lo pudo creer. ¡No era posible que hubiera muerto Enrique V, el poderoso conquistador de su país, el amante, el esposo, el padre de su hijo!

Lo miró incrédula, meneando la cabeza.

–¡No! –exclamó–, ¡no puede ser!

John, el gran duque de Bedford, que había querido mucho a su hermano Enrique, y siempre había declarado que su mayor deseo era servirlo con todo su poderío, y lo había demostrado, la miró con ojos melancólicos.

–Sus últimos pensamientos fueron para vos. «Consolad a mi querida esposa» me dijo. «Hoy será la más afligida criatura del mundo».

Ella seguía mirándolo con ojos incrédulos. Murmuró:

–Estaba algo enfermo... es verdad... ¡pero morir!... ¡Oh, no, eso no!

–No quiso descansar. Insistió en ir en ayuda de Borgoña.

La ira se reflejó en los ojos de ella, apagando momentáneamente su dolor. Toda su vida había estado ensombrecida por el conflicto entre Borgoña y Orleáns. Una vez más Borgoña era culpable.

–Lo conocíais como yo lo conocía –siguió el duque–. Nunca iba a descansar mientras hubiera una batalla que pelear.

Ella murmuró suavemente:

–Inglaterra... Francia... mi hijo... ¿Qué haremos ahora?

El duque le puso las manos sobre los hombros y, atrayéndola hacia él, la besó en la frente.

–Dios decidirá –dijo.

Y como sabía que no podía hacer nada más para consolarla, hizo señas a una de las damas.

–Dejadla con su dolor –dijo–. Pero estad preparadas. Será terrible cuando se dé cuenta de lo que esto significa.

De manera que había muerto Harry, el casi invencible, cuyo mero nombre provocaba terror entre los franceses. Al subir al trono había dejado atrás su vida disoluta y se había consagrado a conquistar la corona de Francia. Había sido alto, hermoso, viril, activo, y también amable y justo cuando no estaba enojado. Era un hombre que rehusaba ver el fracaso, y para siempre desde ahora, cuando los hombres hablaran de él, iban a pensar en Agincourt, la famosa batalla a la que había llevado a sus hombres con todo el fuego y la confianza de un conquistador, de modo que su pequeño ejército, diezmado por la enfermedad, había enfrentado al poderoso ejército de Francia y ganado una victoria resonante. Había sido una batalla más que victoriosa, porque anunciaba el fin de la guerra que se prolongaba desde los días en que Eduardo III había decidido reclamar el trono de Francia.

Y cuando el gran guerrero iba a recoger los frutos de su conquista, se había enfermado y había muerto.

Catherine podía preguntar en verdad: «¿Y ahora qué?».

Tenía veintiún años. No era mucha edad, pero una infancia llena de desastres la había preparado para enfrentarlos.

En el castillo de Windsor, en Inglaterra, un niño de nueve meses era atendido por sus niñeras bajo el control del hermano de Enrique, Humphrey, duque de Gloucester. Aquel niño –que se llamaba como su padre– era el niño

más importante de Inglaterra, porque, debido a la muerte súbita de su padre, era ahora rey de Inglaterra.

Cuando se acostumbró a la idea de que Enrique estaba muerto, una gran calma se apoderó de Catherine. Su cuñado, John, iba a decirle lo que debía hacer, y ella confiaba en él, como había confiado Enrique.

Viajó desde Senlis hasta el castillo de Vincennes, donde yacía Enrique, pero cuando vio el cuerpo muerto de su marido, la calma la abandonó y, por primera vez desde que se había enterado de las noticias, lloró. Era como si al fin entendiera lo que significaba la muerte de Enrique, y quedó desolada, aterrada ante el futuro.

Había muchos que querían hablar con ella. Decían que el cuerpo debía ser llevado a Inglaterra. Sin demora. Pero el duque de Bedford había ordenado que se respetaran en todo sentido los deseos de ella.

Ella dijo que quería estar sola, nada más que una hora... sola para pensar. Ordenó que ensillaran su caballo; su deseo de soledad sólo podía calmarse en el bosque.

De manera que ensillaron el caballo y ella galopó hacia el bosque de Vincennes, seguida a respetuosa distancia por los escuderos del rey. Cuando desmontó, uno de los escuderos corrió para sujetar su caballo. Ella lo miró. Era joven, casi de su misma edad, alto, moreno, con una cara que le llamó la atención.

Ella dijo:

–Quisiera descansar aquí un rato. El bosque es hermoso en esta época del año. ¿No os parece?

–Así es, *milady* –contestó él. Tenía un acento que ella no pudo discriminar, pero lo cierto es que tampoco su inglés era tan bueno como hubiera deseado. Recordaba cómo Enrique había reído al oírle decir algunas palabras. «Debo mejorar» había dicho ella sin inmutarse. «No» había exclamado él. «Me gusta como hablas. No cambies. Sigue siendo mi francesita Kate».

Se preguntó si iba a pasar toda la vida recordando.

Dijo:

–Ya hay señales del otoño.

–Así es, *milady* –replicó el escudero.

–Es triste... el fin del verano. Las hojas ya están cambiando de color. Pronto las ramas estarán desnudas, peladas.

Una terrible melancolía se había apoderado de ella. «Como mi vida, –pensó–. Él se ha ido. Ha terminado el verano. Se acerca el invierno». Después miró al caballero. Era muy joven... en la primavera de la vida, como quien dice.

–¿Qué edad tenéis? –preguntó en un impulso.

Él la miró sorprendido, como preguntándose qué interés podía tener la reina en conocer su edad.

Pero contestó con rapidez:

–Pronto cumpliré veintiún años.

Ella lo miró y sonrió. Un momento atrás había pensado que él era muy joven, que tenía la vida por delante; y era de la edad de ella.

Fue como una revelación. Enrique estaba muerto: ella vivía y era joven. Era hermosa. Podía ser la viuda de Enrique el Conquistador, pero también era la madre de Enrique VI de Inglaterra, y le quedaba mucho por hacer. En el pasado había vivido incidencias muy azarosas; volvería a vivirlas si era necesario.

Por unos momentos la melancolía desapareció. Sonrió, deslumbrando al joven caballero.

–Volveré ahora al castillo –dijo–. Hay mucho que hacer. Obediente, él la ayudó a montar.

–Gracias –dijo ella. Él la miró fijamente–. Tenéis una manera rara de hablar –prosiguió, en su inglés vacilante–. Supongo que lo mismo podría decirse de mí.

Él no supo qué contestar, y ella volvió a sonreír.

–Decidme –dijo–. ¿Cuál es vuestro país? ¿De dónde venís?

–Vengo de Gales, señora –contestó él.

–Gales... ah, sí, he oído al rey hablar de Gales. Decidme vuestro nombre.

–Owen Tudor, *milady*.

–Owen Tudor –repitió ella—. Gracias, Owen Tudor. Os habéis portado bien.

Volvió pensativa al castillo. La esperanza volvía a ella. Era raro que hubiera vuelto tras unos minutos de conversación con un caballero galés.

Pusieron el cuerpo del rey en una cureña que iba a ser llevada por cuatro caballos. Ella ordenó que se hiciera una efigie de él, tan parecida como fuera posible, y que se colocara sobre el ataúd, que iba a ser llevado a Calais, atravesando Francia. En la cabeza de la imagen pusieron una corona de oro y piedras preciosas y, sobre los hombros, un manto de terciopelo rojo bordeado de armiño. En la mano derecha pusieron un cetro y en la izquierda un orbe dorado. Era siniestro. Como si Enrique hubiera vuelto para presenciar los ritos de su propio funeral.

La reina eligió a los que iban a acompañar el cuerpo a Inglaterra.

–¿Conocéis al escudero Owen Tudor, al servicio del rey? –preguntó a Bedford.

Él nunca lo había oído nombrar, pero iba a hacer averiguaciones, ya que la reina se interesaba en él.

Bedford se preguntaba sin duda a qué se debía esto, pero ella añadió rápida:

–Parecía muy conmovido por la muerte del rey. Tengo la sensación de que es un leal servidor.

Bedford volvió con la información:

–Es un hidalgo galés de origen oscuro. Nieto de un tal *sir* Thomas Vycham... y no sé qué más. Estos galeses tienen nombres impronunciables. Supongo que el padre cayó en desgracia de alguna manera y quedó fuera de la ley.

–No hay que culpar al hijo por los pecados del padre –dijo ella.

–Claro que no. El muchacho agradó a mi hermano. Estaba en la batalla de Agincourt, donde se destacó y, pese a su juventud, fue nombrado escudero del rey.

–Tengo la sensación de que ha servido bien al rey.

–¿Cómo logró llamaros la atención?

–Casualmente. Me trajo el caballo, hablé unas palabras y me impresionaron... sus sentimientos hacia el rey.

–Enrique sabía tratarlo –dijo Bedford–. Sabía cómo atar a los hombres. Era una de sus condiciones de jefe. Lo seguían donde fuera necesario.

La reina pareció abrumada por la emoción, y Bedford se apresuró a comentar otros detalles de la marcha a Inglaterra.

Antes de partir Catherine dio órdenes para que el caballero Owen Tudor estuviera entre los que escoltaban la marcha hacia Inglaterra.

De modo que partieron y la reina con su séquito seguía la cureña con el cadáver del rey, acompañada por todos los príncipes y nobles de la Casa del Rey, y por algunos de sus caballeros. Hicieron una parada en Abbeville, donde se rezaron misas por el descanso del alma del soberano. Fue una ceremonia impresionante, y la gente esperaba en el camino para ver el paso del cortejo. Los estandartes de los santos eran llevados por el duque de Exeter y el conde de March, y con ellos iba Louis Robsart, caballero de la reina, entre numerosos nobles y caballeros. Cuatrocientos hombres con armaduras negras rodeaban el ataúd; su aspecto era muy sombrío, como convenía a la ocasión, los caballos enjaezados en negro, y las lanzas con las puntas hacia abajo. Por la noche, cuando se encendieron las antorchas, y cantaron letanías funerarias al marchar, fue todavía más impresionante... una visión temible y solemne.

Se dijeron misas en todas las aldeas y ciudades por las que pasaron. Fueron de Montreuil a Boulogne y de allí a Calais, donde esperaban navíos ingleses para llevar el cuerpo del rey a la patria.

La travesía fue tranquila, y pronto se vieron los blancos acantilados. Multitudes de dolientes esperaban en las playas, y cuando descendió la reina, fue saludada por quince obispos, curas y sacerdotes demasiado numerosos para ser contados.

Catherine parecía muy joven y desolada y conquistó la simpatía del pueblo. La vitorearon con fervor. «¡Viva la reina!» gritaban. «¡Que Dios la bendiga y a nuestro rey niño!». Ella levantó la mano al pasar, agradeciendo la bienvenida, pero anhelaba que terminara pronto aquel siniestro ceremonial.

Quería ir a Windsor para ver a su hijito, asegurarse de que estaba bien. Ella, que había vivido el agitado reinado de su padre, sabía que ahora tenía que ser muy cautelosa.

Por el momento iría a Windsor. No podían impedirle esto. Primero tenía que ver a su hijito, tenerlo en brazos. Nunca debía olvidar que, aunque no era más que un bebé –y muy parecido a todos los bebés– era también el rey de Inglaterra. Tenía miedo. Ser rey a los nueve meses, rodeado de hombres ambiciosos, era una cosa que debía ser tomada en serio; y aunque el niño que dormía en su cuna ignoraba esto... por el momento... pronto iba a entender.

Entretanto su madre debía defenderlo.

Se conmovió mucho al ver el castillo. Siempre le había gustado más que las otras moradas. Para ella representaba la paz y la seguridad, y en la infancia había adquirido la necesidad de ambas cosas. El castillo, grande e imponente con su Torre Redonda sobre un montículo artificial, rodeado por un amplio foso, las fuertes paredes de piedra y las torres almenadas la llenaron de placer al avanzar. Podía ver el gran bosque cercano, donde ella y Enrique habían cazado juntos –no muchas veces, porque él rara vez tenía

tiempo para dedicar a estas cosas— pero aquellos grandes robles habían sido el telón de fondo de sus primeras semanas en Inglaterra, cuando ella había sido tan feliz, tan joven y tan inocente como para creer que la vida iba a ser siempre de aquel modo.

Era en aquel castillo que había nacido su hijito y, al recordarlo, sintió un retorcijón de inquietud, porque Enrique había expresado el deseo de que su hijo naciera en cualquier parte que no fuera Windsor. ¿De dónde había venido el impulso de desobedecerle? No lo sabía, pero había sido irresistible.

Él había dicho: «No quiero que nuestro hijo nazca en Windsor».

—Windsor es un hermoso castillo —había contestado ella.

—Ah, lo amas y esto me agrada. Yo también quiero a ese lugar.

—Debe ser cuna de reyes —había dicho ella.

Entonces él le había tomado las manos y la había mirado con expresión grave.

—Nuestro hijo no, Kate. No quiero que nazca en Windsor.

No habían hablado más, se habían extasiado ante la belleza del bosque, habían vuelto al castillo y disfrutado del hermoso corzo que habían traído orgullosamente de la caza. Y se habían reído y divertido mientras él olvidaba brevemente la guerra.

Cuando llegó el momento de parir, ella estaba en Windsor. «Debo salir de aquí, —se había dicho—, es el deseo del rey». Pero se demoró y llegó la nieve. Había fuertes nevadas en todas partes y el camino estaba helado. «No es momento para viajar, señora» decían sus damas.

Ella asintió rápidamente. Enrique no podía desear que partiera ahora por los caminos. ¿Quién podía prever lo que pasaría a una mujer encinta en un viaje invernal lleno de peligros?

Había sido un mero capricho; siempre había dejado de lado lo que era desagradable. Había sido la única manera de vivir en una infancia como la que había tenido.

De manera que el pequeño Enrique VI había nacido en Windsor.

¡Con cuánta alegría había mandado mensajeros a Francia! ¡Cuán contento iba a quedar Enrique al saber que tenía un hijo! Y cuando regresó el mensajero ella lo había mandado llamar ansiosa y había preguntado:

—¿Cómo está el rey? ¿Cómo recibió la noticia de que tiene un hijo?

—*Milady* —fue la respuesta—, primero gritó de júbilo. Dijo que era el momento más feliz de su vida. Después...

—¿Después? —preguntó ella—. ¿Después...?

—Quiso saber dónde había nacido el niño, *milady*.

—Oh. —Se llevó la mano a la garganta y dijo en voz baja—: ¿Y qué dijo cuando se lo comunicasteis?

El mensajero vaciló y ella añadió, rápida:

—Decídmelo.

El hombre se puso pálido.

—Dijo algo raro, señora.

—Decid, decid...

—Fue más o menos esto: «Yo, Enrique, el nacido en Monmouth, poco tiempo tendré y mucho obtendré. Enrique de Windsor largo reinará y todo perderá. —Después, con gran melancolía, añadió—: Que se cumpla la voluntad de Dios».

Por un tiempo ella se sintió inquieta, pero no quiso deprimirse. Sólo recordaba aquello de vez en cuando. Aunque ahora, al avanzar hacia Windsor, las frases volvían a su mente con más fuerza que nunca, porque la primera parte de la profecía se había cumplido. Enrique V había ganado mucho y reinado un corto tiempo. Enrique VI reinaría por mucho tiempo. Sí, así sería; ella iba a mimarlo, a amarlo, iba a defenderlo contra cualquier mal.

Su cuñado, Humphrey de Gloucester, salió cabalgando a su encuentro. Lo acompañaba Henry de Winchester, tío abuelo del niño, que era también uno de sus padrinos. Los seguía un cortejo de caballeros y escuderos.

Los dos grupos frenaron y se enfrentaron. Humphrey de Gloucester galopó hacia la reina, le tomó la mano y se inclinó para besarla en la mejilla. Después la saludó Henry de Winchester, de la misma manera.

–Bienvenida a Windsor, querida hermana –dijo Humphrey–. ¡Triste ocasión en verdad!

Era hermoso como sus hermanos, pero ya se percibían en su rostro las señales de la vida disipada que llevaba. Era hombre de tremenda ambición, e incluso en este momento, cuando de verdad lloraba a un hermano al cual había amado y admirado, no podía menos de pensar en las ventajas que podría obtener dadas las circunstancias.

El obispo –hijo de John de Gaunt y Catherine Swynford, que había empezado la vida como bastardo y luego había sido legitimado– siempre había servido con lealtad a la corona. Estaba muy perturbado por la muerte del rey, porque sabía que, con un heredero niño, siempre iba a haber lucha por el poder y disputas entre diversas facciones, lo que no era bueno para ningún país.

–Que Dios os bendiga, *milady* –dijo a la reina–. Que Dios os guarde.

Después cabalgaron hacia Windsor.

Primero ella quiso ir a la nursery.

–Lo encontraréis en buena salud –le dijo Humphrey.

Las ayas estaban allí. Una lo tenía en brazos y canturreaba una canción de cuna mientras el bebé jugaba con anillos de colores.

Ella entró con tan poca ceremonia que en el primer momento no la reconocieron.

Después alguien dijo:

–¡La reina!